

CONTRASTE Y COMPLEMENTO



TÍTULO: *Armas y Letras. Revista de literatura, arte y cultura de la Universidad Autónoma de Nuevo León*, núm. 90

AUTORES: Varios

EDITA: UANL

AÑO: 2015

Levé conmigo la revista, como lo hago con el texto que esté leyendo en curso, a un sinnúmero de lugares intentando con ello empezar su lectura, hago hincapié en la palabra intento pues ni en el transporte público, sala de espera, cafetería o banca de parque tal cometido fue posible como con otros materiales de lectura en ocasiones anteriores. Algunas veces, durante la noche en la sala o en las visitas a la biblioteca logré esa primordial atención indivisible para explorar su contenido. Entiendo mejor ahora el origen de tal abstracción, inicié al azar y de ahí, lo siguiente:

Chipuli interviene con un monstruo, la desidia devoradora. Como abrir una caja de pandora, se detuvo el tiempo, “Los ojos de la mora” parecían darle aún más poder... Era sólo el primer texto que leía de la edición 90 de *Armas y Letras*.

Inevitable fue luego la vinculación con otro desatino moderno, “la red de indiferencia general” que Coral Aguirre nos menciona en “Los pasos perdidos, los caminos soñados”. Un pasaje agudo que parte de la ciudad y la mujer como habitante de la misma, donde, a la vez, la autora va abarcando temas desde la seguridad personal hasta el uso y función del espacio público, pasando por conceptos más subjetivos como ciudadanía, confianza y comunidad. Sirva una modesta selección para demostrar la relevancia casi axiomática del texto:

Habitar la ciudad soñada es cambiar lo que se ejerce en ella.

[Pero necesita de] La transformación socialmente solidaria, dentro de una resistencia lúcida-cotidiana, y que de algún modo es la de la mayoría.

[Con base en] Hacernos cargo de nuestros derechos con paciencia, con nuestros pasos yendo y viniendo, con la organización silenciosa de nuestros encuentros y nuestras tareas juntas... sin pausa, paso a paso, día a día, calle a calle, de esquina a esquina. En la plaza y en la feria, en el parque y en el zócalo, a la salida de la escuela y de regreso.

[Puesto que] La falta de educación y el soslayo a nuestras responsabilidades éticas es el núcleo de nuestra orfandad.

“¿Cómo escribir la Patria?” podría plantearse en relación a lo precedente pero es también donde hallamos a Rosetti, quien con una aportación de eje académico va revisando el quehacer literario de J.J. Fernández de Lizardi. Rosetti de parte sobre la reflexión que a partir

de su obra genera en sus receptores así como la inevitable posibilidad de evolucionar a raíz de la misma. El autor ha erigido su escritura “entre la utopía y el desencanto”. Un ejemplo, no sin antes recordar que el periodo histórico de sus obras abarca de 1816 a 1822, Lizardi plantea una isla utópica cuyo sistema “cívico-político” dista mucho del de la capital mexicana:

Existe un gobernador elegido por el pueblo, los horarios de trabajo se encuentran regulados, cada ciudadano se encuentra a gusto y participa activamente para que la regularidad subsista.

Marguerite Duras, imponente pero no exclusiva, nos da aún más a través de, en palabras de Vela, “las postales del alma”, de quienes nos comparten sus recuerdos y percepciones. En “De la página a la pantalla”, Sepúlveda relata: “fue un sábado por la tarde del verano de 1985, en la Alianza Francesa de la colonia María Luisa, cuando pude conocerle India Song... Un cine con absoluta seriedad y acaso, sin pensarlo, escribía en la pantalla para los que el escritor francés Stendhal denominó “The Happy Few”. O volviendo a “El fluir de las imágenes”, de Vela: “una prosa instintiva —como ninguna otra— que tiene su propio ritmo sincopado, pero fluido como el rumor del mar”.

“Escribirse” por José Luis Aguirre y la selección de “Esto es todo” por Mijares proporcionan una continuación ahora literaria. En el primero “Ella es la historia. Se mira a sí misma y se arranca una parte... Para, al final, decir que ella misma es literatura, pero sólo después de escribir, escribirse”. Posteriormente,

“varían las reflexiones, la espera, el elogio, las coincidencias, la rebelión de los pesares, la desazón, el deseo, la muerte.” Y cita:

Ven a amarme.
Ven.
Ven a este papel blanco.
Conmigo.

Bonitzer dice que Duras “es un escándalo”, pues entre otras cosas, “ha entrado en el cine cargada de elipses cada vez más insolentes, improbables, con imposibles acercamientos directos a un núcleo extático, hacia una evidencia oscura y cegadora”. En palabras de Fellous, de la conversación entre Duras y Godard “sólo quedaba su encuentro”, y lo vamos presenciando a medida que la lectura avanza:

DURAS: Pero yo llamo “escrito” a todo: al libro que escribo y convierto en una especie de escrito en blanco, no puedo salirme de él o deshacerme de él. En él me pierdo.

La cronología y las aportaciones de los autores francófonos la otorga Miguel Covarrubias. Se destaca, mención intencionada de lo establecido en la reseña de Hernández acerca del trabajo de Covarrubias como editor, “el encomiable y arduo trabajo que amerita ser traductor... y los avatares que éste conlleva”, integrándose al total del espectro que teníamos con las postales anteriores.

Citando este mismo volumen de Covarrubias, *Podría dejarlo todo al azar*, “Estoy convencido de que no sólo de pan vive el hombre. También mucho le conviene la poesía porque ésta le ayuda a vivir con plenitud”, sosteniendo con ello las aportacio-

nes de Collado, Marsman —traducido por Osvaldo Rocha— y Zambra- no, señalando de lo que nace: “Luego se averigua con aquello del destino.”

La obra plástica de Alberto Cavazos desafía, particularmente las versiones a color, en la adaptación que se hizo luego en el diseño parece no causarles daño alguno. El trabajo de Griselda Villegas aparece también pero en menor frecuencia, no con ello demeritando su importancia. La amalgama entre los compañeros de página agrega valor sin resultar invasivo, exagerado o competitivo.

Albert Caraco vive a través del análisis que ofrece Villareal. Comprender el panorama de la existencia humana en conjunto con el ambiente circundante que generó tales consecuencias decanta en un reto. Si, su “desbordante pesimismo nos arroja, como a su versión de la naturaleza humana, en la oscuridad de sus letras, en un vacío negro lleno de soledad, dolor y hastío reflejado en sus ensayos”. Claro, se obtiene una lección, a la par de un ejercicio empático, una confronta... una provocación de naturaleza atemporal e intolerante hacia el letargo. Cita:

Nuestras revoluciones son puramente verbales y cambiamos las palabras para darnos la ilusión de estar reformando las cosas, tenemos miedo de todo y de nosotros mismos, encontramos la manera de eliminar la audacia yendo más allá de la audacia y tener ocupada la locura exagerando la locura.

En “Vargas Llosa o el nuevo Rodó”, Aguilar construye un puente para mostrar las similitudes entre ambos intelectuales. “Los dos están en contra de la ignorancia, de los hombres

que han provocado ésta y lucharon contra la ultra especialización de las disciplinas que encasillan al estudiante”. En respeto a la vigencia de sus posturas y contextos, esto va más como ejercicio de apreciación que de sobreimposición que pareciera implicar su título.

Redondean la caballería: Alvarado con quién compartimos “este juego mortal”, que es “la lectura del poema pues se vive en el instante suspendido, en el aire de nuestra propia respiración...” refiriéndose al trabajo de Ferreira Gullar. Flores en su recomendación de *La más densa niebla*, afirma que gracias a las nuevas versiones que realiza Toño Malpica de los cuentos clásicos de Hans Christian Andersen, se crea la compañía ideal para lectores de procedencias y edades varias. Vázquez comenta sobre “una prosa limpia y agradable” en *El corto verano del cu-*

ervo y otros ensayos, donde la estampa de Ramón López Castro “siempre provoca y a través de ella, se traza una ruta”.

Lo diario más palpable es revelado por Jacobs, Chimal, Parra y Kaput. A los primeros dos la creatividad les encuentra trabajando, llámese trabajo a hacer conciencia de acciones sintomáticas o lavar platos. En *Letras al margen, La mano siniestra* de José Clemente Orozco, se invita a conseguir este libro de Ernesto Lumbrellas, al ser bajo la premisa de Parra, una animada plática con un hombre culto que nos nutre con sus conocimientos, sin resultar pretencioso. Por último, se cierra esta familiaridad con la única entrevista del ejemplar. Kaput nos transmite a través de su redacción que hemos irrumpido en la cocina donde tiene lugar la breve pero profunda charla con Coral Aguirre.

Ella, a su vez, vuelve a despejar la niebla:

Tenés que saber. Tenés que tener conciencia. Y eso define toda una vida. Hay que tener memoria, hay que tener responsabilidad ética...

Nunca más, que no suceda nunca más...

En tiempos donde, citando a Pascal Quignard, el silencio es el vértigo moderno, podría afirmarse que casi pasa lo mismo con la atención. Agradezco que esta revista, apoyada de manera absoluta por el equipo que la forma, sirva de balanza para nivelar el aturdimiento. Un meritorio nivel de detalle y la delicadeza en su conjunto, continúan enalteciendo su propósito sin excepción.

Alejandra Juárez



ÍNSULAS DE ARMAS TOMAR



TÍTULO: Colección Ínsula.

Cuadernos de escritura de *Armas y Letras*. Revista de literatura, arte y cultura de la Universidad Autónoma de Nuevo León. Títulos I-XII

AUTORES: I, Bárbara Jacobs; II, Víctor Barrera Enderle; III, Françoise Roy; IV, Ricardo Cuadros; V, Sergio Loo; VI, José Luis Solís; VII, Eduardo Zambrano; VIII, Odette Alonso; IX, Vidal Medina; X, Alberto Chimal; XI, Paulino Ordóñez; XII, Pedro de isla.

EDITA: UANL

AÑO: 2014 y 2015

Como un mazo de naipes, barajo una y otra vez los doce libros de la colección Ínsula, estos cuadernos de escritura que ha publicado la revista *Armas y Letras* de la Universidad Autónoma de Nuevo León para conmemorar su 70 aniversario. Como las piezas de un rompecabezas, los acomodo en orden y luego rompo la formación para elegir uno. Al azar, pienso mientras la mano se desliza sobre ellos.

El primero —no puedo, ni quiero, evitarlo— es *Postales desde mi cabeza*, de Sergio Loo. En él, el hablante poético, atacado por la enfermedad y la desazón, describe, para “la gente que quedó atrás”, una Barcelona deslumbrante y hostil. Leído ahora, pareciera que Sergio nos hablara desde ese otro lugar al que se fue hace dos años y, de pronto, de entre los versos brota una ínfima y engañosa sensación de que sólo estuviera en esa otra tierra desde donde llegaron sus postales.

Después, los afectos vuelven

a imponerse y tomo otros tres cuadernillos: el primero, *Tutti quanti*, donde Françoise Roy mezcla prosa y verso en un libro que trasciende la simple clasificación de poemario, que transita hacia otros géneros y donde cuestiona la condición humana e incluso la divina, cuando afirma que “Dios ha hecho votos de silencio”; el segundo, aquel que reúne un par de cuentos de Pedro de Isla, en uno de los cuales *María Asunción*, harta de su vida miserable, lanza el azadón contra una piedra que, al fragmentarse, deja ver la imagen luminosa de la Virgen María, cuya aparición, junto a buen despliegue de lo que ahora llamamos *marketing*, acabará cambiándole la fortuna a todo el pueblo.

En tercer lugar, *Las ciudades latinas* de Alberto Chimal, esa mirada trascendental al mundo conocido por medio de la descripción —a modo de divertimento—, de una serie de ciudades desconocidas, cuyos nombres son únicamente cada

una de las letras del alfabeto latino. Estas ciudades son buscadas por Horacio Kustos, explorador “interesado en hallar y documentar lo extraño, lo raro, lo inusitado”, a partir de una única pista: las muy notas lacónicas, que parecen escritas por un aforista, encontradas por el viajero en Internet. Sus anfitriones —habitantes de un pueblo que se llama Coma y colinda con otro pueblo que se llama Punto— le preguntan asombrados: “¿Internet es un lugar?” y piden que les cuente más sobre tan fabuloso sitio.

Dos ensayos, que son los primeros títulos de la colección, integran esta primera docena. Bárbara Jacobs cuenta —y revisa— en *Hacia el valle del sueño* la historia de la historia que es a su vez contada en su novela *Las hojas muertas*, e incluye fragmentos de varias de sus obras en este texto, que fuera originalmente una conferencia dictada en el City College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York, mientras que Víctor Barrera

Enderle, el otro ensayista, diserta y argumenta acerca de Fray Servando Teresa de Mier como primer autor de las letras regiomontanas.

También la dramaturgia ha encontrado lugar entre los cuadernos de *Ínsula*. Dos problemas acuciantes de la frontera norte ocupan la atención de José Luis Solís en los guiones de *El hombre bueno* y *Endless balero*: la sequía en las zonas desérticas y la migración ilegal hacia Estados Unidos; mientras que en el monólogo *Exposición de una larva*, de Vidal Medina, el personaje emplaza a los espectadores desde su condición de gusano, que es resultado de un experimento que pretende extinguir, o al menos transformar en otra especie, a todos los integrantes de esta humanidad que ha perdido la ternura.

Otros libros se unen al conjunto: los delicados y luminosos haikús agrupados bajo el título *Un puñado de sol*, de Eduardo Zambrano; el magnífico *Artis*, de Ricardo Cuadros, poemario en prosa acerca de la poesía como acto de fe y de creación, como advocación de la vida y de la muerte, y también como traición; y el cuento *La novia y sus amigas*, de Paulino Ordóñez, en el cual la observación de la foto de una boda es el mejor pretexto para describir la vida de seis amigas, con sus dobleces e hipocresía y, a través de ellos, hacer un retrato también de toda una clase social.

Al final de la tirada de este dominó, de este puñado de runas que son ínsulas, queda mi libro: *Bailando a oscuras*, ese cuaderno del amor y el desamor que también

—por qué no— les recomiendo.

Jessica Nieto, coordinadora de esta colección, explica en su introducción que estos cuadernos han sido concebidos como “libros de bolsillo, de corte literario, breves en su extensión, que conforman un panorama actual de escrituras de autores y autoras en lengua hispana”. Recuerdo entonces que los pobladores de Coma le dicen a Kustos: “Éste es el país de la escritura humana” y me atrevo a decir que, como las Ciudades Latinas, así son estas Ínsulas de *Armas y Letras*: pequeños países que dan cuenta de un mapa escritural, de este fragmento representativo de la literatura contemporánea en español.

Odette Alonso

Memorias de Adrián

DE
ALFONSO
ELIZONDO

TÍTULO: *Memorias de Adrián*

AUTOR: Alfonso Elizondo

EDITA: Editorial Sesgo

AÑO: 2015

“... Los barrios urbanos donde vivía ya no existen, los grandiosos espacios rurales que frecuentaba se han poblado y sólo me ha quedado la inmensa alegría que generan en mi espíritu el universo privado e infinito de mis sueños...”, dice Alfonso Elizondo al inicio de su libro *Memorias de Adrián*. Son textos contruados en el deambular por los días, entre las

redes de la imaginación, concitada para iniciar así la obra literaria. Ubicado al oriente de Monterrey en la década de los años 40, Adrián cruza por aquellos barrios que serían recuerdo inextinguible de su niñez y su adolescencia, sostenido en el transcurrir de un mundo rural que recién llegaba a la ciudad para afrontar nuevos desafíos sociales. Un mundo de carencias en una entonces ciudad

adolescente, como la llamara José Alvarado, que recibió quizás como ninguna otra ciudad mexicana la influencia de Norteamérica. Nacido en el seno de una familia de clase media, recibe las primeras letras en un colegio liberal, lo que ayudó notablemente a su formación. Ama la filosofía, la literatura, que apuró a grandes dosis desde la temprana juventud. Ingresa a las aulas universitarias:

primero al bachillerato y después en Filosofía y Letras, que abandona para ingresar a Ciencias Químicas. Asiduo asistente a la entonces recién creada Biblioteca “Alfonso Reyes”, conoce y se relaciona con otros jóvenes cuya pasión por la literatura y el arte los hacía confrontar sus ideas y crecer así en las lecturas y la discusión apasionada de los nuevos libros:

En esos años se consolidó la Escuela de Verano, se habilitó el Aula Magna del Colegio Civil como espacio público para la ópera y el teatro, se creó el semanario *Vida Universitaria*, se financiaron dos publicaciones literarias autónomas llamadas *Kátharsis* y *Apolodionis* y surgió un organismo de crítica cinematográfica con sala de exhibición encabezado por el joven cinéfilo Roberto Escamilla, quien logró traer a Monterrey a la figura del cine de habla hispana más importante de esa época: el gran director español Luis Buñuel, quien había construido el momento más hermoso del cine mexicano en toda su historia. (“Las artes en Monterrey 50–60”, p. 33).

Asiste al accionar de aquel grupo de universitarios de ideas liberales y de izquierda, —algunos de ellos fueron sus maestros—, que bajo la guía y la visión de Raúl Rangel Frías, construyeron el andamiaje filosófico, científico y artístico sobre el que creció una nueva Universidad de Nuevo León, Casa de Estudios aletargada desde su inicio, en 1933, por la somnolencia del oscurantismo y los ecos porfirianos del Siglo XIX.

Poco a poco, Adrián aísla sus pensamientos, descubre las voces del paisaje que le rodea y construye con sus primeros alientos el camino que al crecer lo modificará y hará llegar hasta los litorales solitarios en donde se debaten la inteligencia y el sueño de la vida.

Libro escrito con sobriedad y fácil acomodo en una síntesis expresiva, su orden nos describe primero la infancia en los barrios del oriente de la Calzada Madero, en donde el padre de Adrián tuvo un bazar. Después, el de La Montera, cercano al anterior, barrio de quienes soñaban con ser toreros y en donde Adrián descubre un diario deambular surrealista de oligofrénicos: personajes en los que la ternura deja su impronta de simpatía, donde hay notas de humor chispeante y una voz escondida entre las palabras que los retratan, a veces los estrujan, los redimen siempre, a pesar de las adversidades, las miserias y el abandono:

El primer loco del desfile era “Cando”, una versión terrenal del semidiós olímpico Sísifo, quien durante el sol ardiente del mediodía caminaba danzando hacia el poniente de la ciudad con un costal vacío que llenaba con la basura que los vecinos del barrio habían depositado en recipientes metálicos afuera de sus casas. Al mismo tiempo se detenía a ejecutar bailes patéticos y cánticos guturales indescifrables frente a las casas, con el propósito de obtener algo de comer o unas cuantas monedas de cobre que le arrojaban al piso para que se fuera.

Con las primeras sombras de la tarde “Cando” regresaba hacia el Oriente de la ciudad con trote desgarbado y entre sonidos quejumbrosos mientras derramaba en la calle todas las piezas de basura que había recogido durante su gira del mediodía, hasta que se perdía entre las sombras y carrizales de la Acequia de los Indios donde tenía su guarida nocturna. (“El Barrio de La Montera”, p. 19).

En la última parte del texto, Elizondo habla de las regiones fronterizas de Tamaulipas que conoció de cerca: Difunto Ángel, El Quitrín, La Bandera, Guardados de Arriba y de Abajo, La Misión, Huerta del Aire, y de gentes e historias traspasadas de emoción, humor y tristeza; retratos insólitos y bien contruidos:

En pleno verano llegaba sonriendo y vociferando a la cantina más concurrida de Difunto Ángel este extraño personaje donde se mezclaban la demencia pura con la gracia de un comediante de la legua. Apenas vestía un calzoncillo corto de algodón de chillantes colores con un cinturón de explorador en el que ganchaba su cantimplora llena de tequila y unas botas de cuero color café con casquillo en las puntas, como las usadas por los exploradores. Su enorme barriga y sus piernas muy blancas y de un tinte rosado quedaban al descubierto mientras sostenía en sus manos una caja llena de cervezas y pequeños trozos de hielo. (“La Guajolota”, p.55).

Los cinco últimos relatos del libro hablan de personajes singulares que destacaron entre todos por su picardía, su humor y por los hechos notables en sus vidas: “El Chanate”, “El Pato Viejo”, “La Guajolota”, Chuy “El Enjabonado”, Tello Mantecón y “El Manchas”. De ellos, uno de los más interesantes es Tello Mantecón, conocido actor popular de carpa en

el Teatro México de Monterrey, de un ingenio que afloraba para estallar en la risa del auditorio con espontánea facilidad. Queda retratado para la historia en este bello pasaje.

Memorias de Adrián de Alfonso Elizondo, nace a la luz pública por un autor que ha sabido entender el paso de la vida, ganar vuelo sereno y evocar sus recuerdos y su mundo.

Su aspiración, él lo ha dicho, es llegar al entendimiento con formas coloquiales y descriptivas, a una expresión literaria que propicie sin obstáculos lingüísticos la comunicación con los lectores. Creo que Alfonso Elizondo logra sus propósitos en este bello libro.

Alfonso Reyes Martínez

LECTURA Y FUTURO

En “Crítico al crítico” (1961), T. S. Eliot reconoce estar más interesado en lo que otros poetas han escrito sobre la poesía, que lo que han dicho sobre ella aquellos críticos que no son poetas. Algo parecido a eso nos sucede a muchos cuando oímos hablar sobre el tema de la lectura: preferimos siempre la reflexión de los lectores consuetudinarios que además son también escritores, por encima de la opinión de los estudiosos y los investigadores avocados a la cuestión. Lo que ocurre, tal vez, es que de los primeros uno recibe (y percibe), más que un diagnóstico o un análisis estadístico, el eco vivo de la emoción y la reflexión que dejó en ellos el libro, tal como si se tratara de los rastros de fuego que dejó el paso del amor por sus vidas.

José Ángel Leyva, que es ante todo un poeta y un avezado lector, ha escrito un libro sobre el acto de leer y sus consecuencias, *Lectura y futuro*. En él, a partir de la pregunta “¿Leer para qué?”, Leyva rechaza con fundado razonamiento la idea del lector hedonista y la lectura sólo como fuente de placer. José Ángel cree que la función del libro y la lectura no es otra que provocar un estado de crisis en el lector, es decir, provocar en él un estado de alerta que lo lleve a la duda y siembre de interrogantes su pensamiento. ¿Para qué se querría un libro que adormezca la conciencia de su lector? Ciorán se preguntaba al respecto si los libros servían para aprender en realidad; para eso, se respondía, bastaba con ir a clases. Creía, pues, que un libro debía ser un peligro, trastocar la vida del lector, hurgar en sus heridas o

incluso provocarlas. Un libro debía ser una herida permanente. Por eso consideraba que aquellos libros que dejaban a su lector igual que antes de leerlos eran libros fallidos.

El texto de José Ángel tiene esa virtud de trastocar, despertar, conmover y mover a la reflexión a sus lectores. En *Lectura y futuro*, Leyva hace una suerte de cala en las dolencias sociales e individuales que trae aparejadas la ausencia del libro en nuestras vidas. Sabe que si bien la lectura no es una herramienta probada de “éxito” ni garantía de progreso y bienestar material, ni siquiera pasaporte al poder político, su carencia “sí es garantía de sometimiento, de pobreza, de marginación, de olvido, de ceguera, de debilidad crítica”.

Con la afilada punta de un escalpelo, Leyva hace una breve incisión sobre el tema de la educación en el país: sus anquilosados programas, sus erróneos contenidos



TÍTULO: *Lectura y futuro*
AUTOR: José Ángel Leyva
EDITA: Fondo Editorial
 Estado de México
AÑO: 2015

utilitarios y pragmáticos, lejanos de toda consciencia social, indiferentes al otro, porque nada del otro importa al final de cuentas.

En esta oscuridad ética y moral en la que se nos educa desde los primeros años, asuntos como la literatura, la filosofía, las humanidades, en general, y la poesía, en particular, son temas que, debido a su “inutilidad práctica”, hemos ido dejando de lado como sociedad, con las consecuencias que ello implica: ceguera moral, violencia, corrupción, devastación y depredación de recursos naturales; en suma, descomposición del tejido social.

En medio de esas calamidades variopintas, Leyva percibe la pezuña del mal, el lado oscuro del poder, al cual todo ese caos beneficia de modo natural. En efecto, tal como apunta el autor, una sociedad sin libros y sin lectores afirma la supremacía de un conocimiento perverso, puesto al servicio del dominio y la enajenación, y limita, en consecuencia, el desarrollo de una sociedad crítica, consciente, reflexiva.

En un contexto así, la lectura resulta entonces un medio de disenso y transgresión contrario al sistema, porque lleva al lector de un estado pasivo a la toma de consciencia, a la puesta en duda de certezas dadas. Por eso, José Ángel ve en la lectura, más que un suave viaje en poltrona, un camino de exploración que lleva al lector al encuentro de la manzana prohibida, de “la manzana de la crisis” que un día nos arrojó de la inocencia.

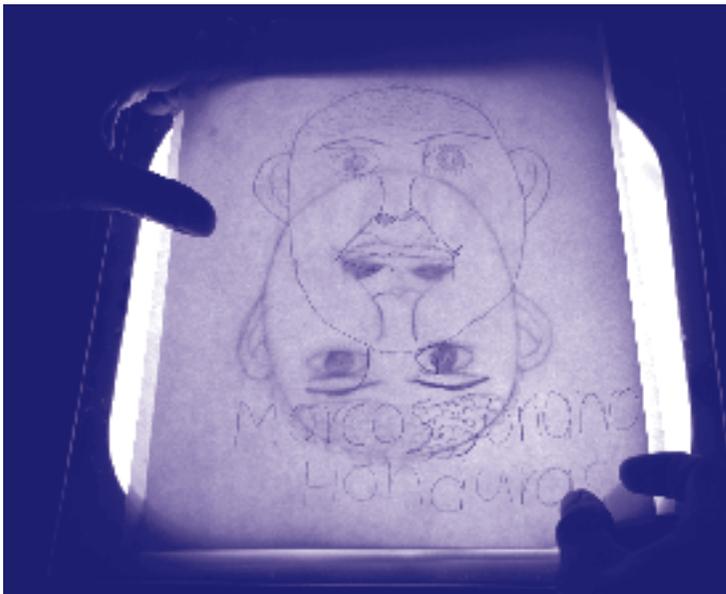


Lectura y futuro es más que un texto bien intencionado a favor de los lectores; es ante todo un auto de fe de un poeta que ha explorado las verdades profundas de la condición humana a través de la vida, la poesía y los libros. Por eso, su mirada va más allá del entorno y las coordenadas sociales del tema. Así, desde la poesía y sus posibilidades de conocimiento, José Ángel explora aquí también las expresiones del sueño, la búsqueda de las vanguardias y la muerte de éstas,

las temáticas y el imaginario del Romanticismo del siglo XIX en el cual se fincaron no sólo las bases del resto de las vanguardias del siglo XX sino el *corpus* total de la sensibilidad y el arte de nuestros días. De ahí su afirmación de que el Romanticismo es, por excelencia, “la gran vanguardia”. Tiene razón: de la temática romántica, la tradición literaria ha desprendido, propagado y prolongado la figura del poeta como avatar de la libertad, una especie de Prometeo que alumbra con su antorcha la oscuridad de la caverna; la poesía también como revelación y conocimiento de otros mundos.

Convencido de lo anterior, Leyva reivindica a lo largo de este libro el valor social de la poesía y la vigencia del espíritu romántico libertario: su herencia actual es la insumisión al poder y el sentido contestatario y subversivo que José Ángel atribuye a la lectura en el presente y de cara a los aspectos más siniestros y sombríos del porvenir.

Félix Suárez



armas y letras 93 - 94

En nuestro siguiente número doble, una selección de la poesía de Rodrigo de Souza Leão, hasta ahora inédita en México, en traducción de José Luis Aguirre. Además, Fernando Alarriba escribe sobre el escritor sirio Mohamad Alaedin Abdul Moula, refugiado en México a raíz del conflicto político en su país natal, y la represión que sufrió en respuesta por su oposición al régimen del presidente Bashar al-Ásad.

Además de otros ensayos, crítica, columnas, reseñas y selección de poesía, el número estará acompañado por la obra de Damián Ontiveros.



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

REFUGIO DE TODOS PARA LA CULTURA

Ven y conoce las instalaciones de este recinto cultural de la UANL, donde podrás disfrutar de todo un mundo acerca del libro a través de las diferentes actividades que tenemos para ti, como talleres, conferencias y mesas redondas dentro de la casa o en el espacio al aire libre. Nuestra librería cuenta con una variedad de títulos y espacios confortables que invitan a la lectura.

¡VISÍTANOS!

LIBRERÍA / ARTE

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta

Lunes a viernes: 10:00-19:00 hrs./ Domingos: 10:00-14:00hrs./Sábados: cerrado

Entrada libre/ Zona Wireless / Estacionamiento gratuito por la calle Vallarta

Mayores informes: 8329-4126 y en publicaciones@uanl.mx/ casadellibro@uanl.mx



Casa del Libro UANL



[casa_libroUANL](https://twitter.com/casa_libroUANL)

